



Theomai 26 · segundo semestre de 2012

Presentación

Trazos de sangre y fuego: ¿continuidad de la acumulación originaria en nuestra época? ¹

Claudia Composto² y Diego Pérez Roig³

Introducción

El número 25 de *Theomai*⁴, correspondiente al primer semestre de 2012, estuvo motivado por una preocupación central: analizar críticamente el denominado “modelo extractivo” vigente en América Latina, apuntando a lograr un entendimiento integral que diera cuenta de sus novedades, pero también de sus continuidades históricas, su vinculación orgánica con otras formas de explotación, y sus coordenadas sistémicas en el marco de una

¹ Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo incondicional y el trabajo colectivo de un conjunto de personas que no podemos dejar de mencionar: en primer lugar, Guido Galafassi, creador de la revista *Theomai*, coordinador del proyecto “Acumulación, conflictos sociales y territorio en la Argentina contemporánea. Análisis de casos regionales” que integramos en la UNQ, y director de nuestras respectivas becas doctorales; nos brindó el espacio, la confianza y los recursos necesarios para desarrollar este proyecto, a partir de una comprometida apuesta teórico-política con la temática que nos convoca, pero también de una apuesta por el crecimiento, la autonomía y la consolidación del conjunto de investigadores jóvenes y en formación que trabajan junto a él, actitud poco común en nuestra academia que, por lo tanto, merece resaltarse. En segundo lugar, Massimo de Angelis, Werner Bonefeld, George Caffentzis, Michael Perelman, Paul Zarembka, Brett Clark y Bellamy Foster, intelectuales de talla y reconocimiento internacional, confiaron en este proyecto y, generosamente, nos permitieron traducir sus trabajos al español para darles difusión en América Latina. Asimismo, Oriana Cosso, Nicolás Di Genaro e Isabel Hardland de Benito, traductores de dichos artículos, prestaron su tiempo y conocimiento para realizar, con gran esfuerzo y dedicación, tan monumental tarea. A su vez, Mina Lorena Navarro y John Holloway desde México, se reunieron especialmente con nosotros para realizar una interesante entrevista dedicada a debatir los temas propuestos por el actual dossier. Por su parte, José Seoane, Rhina Roux, Renan Vega Cantor, Damiano Tagliavini e Ignacio Sabbatella, autores de los artículos que completan el número, también reflexionaron y escribieron valiosos aportes específicos para esta publicación. Por último, pero no menos importante, Ezequiel Acsebrud, Florencia Ferrari y Javier Villamil, colaboraron con la importantísima labor de editar y corregir los distintos materiales que conforman la presente edición. Con todos ellos, estamos profundamente agradecidos.

² Universidad Nacional de Quilmes, CONICET - claudiacomposto@yahoo.com.ar

³ Universidad Nacional de Quilmes, CONICET - diegoperezroig@gmail.com

⁴ “Modos de acumulación, recursos naturales y dominio colonial en América Latina. Un intento de mirada crítica sobre la ‘reinención’ del modelo extractivo”. http://revista-theomai.unq.edu.ar/NUMERO%2025/contenido_25.htm

economía capitalista mundial signada por relaciones de dominación y dependencia. En la presentación del dossier, Guido Galafassi concluía:

La contaminación, las condiciones de trabajo deplorables, la destrucción de territorios, etc., no son simples consecuencias de empresas y Estados descuidados, no responden a “conductas individuales aisladas”, sino que representan mecanismos básicos de perpetuación del sistema económico-político basado en la maximización de la ganancia. Por lo tanto un análisis verdaderamente crítico de las prácticas productivo-extractivistas nos tiene que remitir obligadamente al análisis del modo de acumulación dominante en el cual ellas se dan y a las interconexiones dialécticas que hacen que uno y otro existan, tanto en sus dimensiones históricas como espaciales (2012: II).

El número 26 de *Theomai*, cuyo dossier titulado “Trazos de sangre y fuego: ¿continuidad de la acumulación originaria en nuestra época?”, tenemos el agrado de presentar a continuación, reconoce la misma preocupación genética, y se propone profundizar en algunos debates teórico-políticos a partir de la estela dejada por varios artículos del número anterior. Allí quedó claro que el despojo de la naturaleza *vis á vis* el cercamiento de los territorios de América Latina⁵ constituye un proceso central de la acumulación capitalista a escala planetaria. No obstante, ¿se trata de un fenómeno inédito, o de un mecanismo permanente en la geografía histórica del capitalismo desde su génesis? En este último caso, ¿qué particularidades y consecuencias tiene la depredación de los bienes naturales en la actual coyuntura regional? ¿Nos enfrentamos a un problema estrictamente ligado a los procesos vivos de orden biológico, o a una dimensión, entre otras, en el marco de un proceso que involucra tanto la mercantilización general de todo lo común (derechos sociales, servicios públicos, saberes ancestrales y populares), como una agudización de la contradicción capital-trabajo?

Estos son algunos de los interrogantes que intentarán responderse a lo largo del actual número de la revista *Theomai*, recuperando los principales debates existentes en torno de: 1) la persistencia y continuidad de la *acumulación originaria*, esto es, del despojo de lo común mediante la separación violenta entre los productores directos y sus condiciones de existencia, en tanto proceso inherente al funcionamiento del capitalismo; 2) la agudización de la *fractura metabólica global* y de la *contradicción capital-naturaleza* como contracara necesaria del avance incesante y desenfrenado de la depredación de los bienes naturales, que se reproduce a través del *imperialismo ecológico* como una dimensión fundamental, poco estudiada y cada vez más relevante, para explicar la distribución desigual de las consecuencias socio-ambientales que caracteriza la dinámica centro-periferia/urbano-rural propia de la economía-mundo capitalista. Entonces, se trata de aportar elementos conceptuales y críticos para desentrañar los vínculos profundos que existen entre acumulación, crisis y desposesión; pero también de comprender las condiciones objetivas que explican la emergencia y multiplicación de resistencias y luchas sociales contra la mercantilización de la vida en toda América Latina, que a partir de su praxis política

⁵ Según la CEPAL, entre 2003 y 2010, las exportaciones latinoamericanas de productos primarios -manufacturas de origen agropecuario, minerales, combustibles y energía-, pasaron de US\$ 165 mil millones a US\$ 420 mil millones, incrementando su participación en el total de exportaciones del 44 al 54%. Una parte considerable de este aumento se explica por el alza en la cotización internacional de los *commodities* que, entre 2003 y 2010, tuvieron una apreciación promedio del 134%. Sin embargo, no debe perderse de vista que también se produjeron importantes aumentos en los niveles de inversión, así como en la cantidad de producto extraído: en el mismo período, dichas exportaciones incrementaron su volumen -medido en toneladas- en más de un 40%.

cotidiana van prefigurando los trazos de un posible horizonte emancipatorio, basado en la construcción de una nueva sociedad basada en la satisfacción de necesidades humanas en equilibrio con la naturaleza.

Los artículos de Midnight Notes Collective, Massimo De Angelis, Michael Perelman, Werner Bonefeld y Paul Zarembka exploran, discuten y desarrollan interesantes argumentos teórico-políticos a favor y en contra de la provocativa hipótesis que sitúa a la acumulación originaria como un presupuesto constitutivo y un mecanismo permanente en el marco de la acumulación capitalista, que cobra particular relevancia en los períodos de crisis y ascenso de la lucha de clases, a modo de estrategia reactiva del capital para relanzar la acumulación sobre nuevas bases. Por su parte, el artículo de Damiano Tagliavini e Ignacio Sabbatella reconstruye las huellas de la contradicción capital-naturaleza en el pensamiento de Marx, para luego sumergirse en el análisis de las contribuciones contemporáneas que el marxismo ecológico realiza en torno al tema, a partir de una preocupación por las dimensiones de la actual crisis civilizatoria, que estaría anunciando los límites naturales de la modernidad capitalista industrial, y la necesidad de anticipar una salida socialista y ecológica frente al avance sostenido de la barbarie. En paralelo, el trabajo de Brett Clark y John Bellamy Foster, introduce el problema de la fractura metabólica global entre hombres y naturaleza que se produce tras la emergencia del capitalismo, siendo el imperialismo ecológico una de sus expresiones más descarnadas, en tanto la periferia del sistema compensa la degradación ambiental de las metrópolis mediante la pérdida de su propia biodiversidad y riqueza natural, históricamente expoliada y desviada hacia los centros de producción de mercancías. Mientras tanto, los artículos de José Seoane, Guido Galafassi, Rhina Roux y Renán Vega Cantor retoman todas estas valiosas herramientas analíticas para reflexionar acerca de la actual coyuntura latinoamericana (y, con particular detalle, sobre los casos de Argentina, México y Colombia, respectivamente). Por último, en la entrevista realizada con John Holloway, se pasa revista por los principales núcleos problemáticos desplegados a lo largo del dossier, en pos de alumbrar la contracara de los procesos de explotación y despojo, esto es, la fragilidad de la dominación capitalista y su dependencia absoluta del hacer humano, lo que demuestra que el antagonismo social y sus múltiples formas de insubordinación constituyen el sujeto activo de la historia, siendo el capital un sujeto reactivo que busca reencauzar el flujo rebelde de las resistencias dentro del orden establecido, pero siempre a la zaga de la creatividad prefigurativa de las luchas. Por lo tanto, a pesar de los constantes embates, los movimientos sociales que se construyen, fracasan, se reorganizan, y corrigen sus rumbos, son los sujetos dinámicos de una contienda que, si bien siempre asimétrica, permanece abierta y sin final predeterminado.

Como el lector comprobará en los sucesivos artículos que conforman el presente dossier, estos temas suscitan innumerables reflexiones y nuevas preguntas. Adentrémonos en el debate...

1. Acumulación originaria, despojo y nuevos cercamientos

Lógicamente, la proliferación de estos procesos de despojo y depredación de la naturaleza en toda la región, durante las últimas décadas, no ha pasado inadvertida para científicos sociales de las más variadas disciplinas y orientaciones teóricas. En este contexto, el concepto "acumulación por desposesión" [*accumulation by dispossession*], presentado por el geógrafo marxista David Harvey en *El nuevo imperialismo* (2004), parece gozar de un consenso unánime, lo que lo ha convertido en el "comodín" de numerosas investigaciones. Lamentablemente, en la mayoría de los casos, esta amplia recepción parece haber respondido

más a las derivas de las “modas intelectuales”, que a cualquier posibilidad de debate profundo acerca de las premisas fundamentales de la tesis de la acumulación originaria, lo que ha redundado en un vaciamiento del concepto de sus insoslayables implicancias teóricas y prácticas. El capitalismo maduro, ¿sólo se rige mediante las leyes económicas de la reproducción ampliada, constituyendo la violencia y el despojo “anomalías” de dicha reproducción –es decir, considerando que estos mecanismos principalmente extraeconómicos fueron propios de la etapa fundante del sistema, pero no son inherentes a su funcionamiento constante? O bien, ¿la violencia y el despojo son mecanismos intrínsecos a la acumulación de capital y, por lo tanto, concomitantes y necesarios para el despliegue progresivo de la reproducción ampliada? Si concluimos que la violencia y el despojo son procesos constitutivos de la acumulación capitalista en toda su geografía histórica, ¿se trata de la continuidad de la acumulación originaria hasta nuestros días, o de procesos con características similares pero formas y condiciones diferentes que, por lo tanto, deben ser denominados de otra manera? ¿Qué consecuencias tiene esta relectura sobre la praxis de los sectores subalternos?

A fin de responder estos interrogantes y considerar sus implicancias teórico-políticas para la actual coyuntura latinoamericana, tendremos que remitirnos al estudio de Karl Marx sobre la acumulación originaria y a las reflexiones de Rosa Luxemburgo sobre el imperialismo y la política colonial, en tanto referencias clásicas del problema. Luego, nos detendremos en los trabajos más recientes sobre el tema -incluidos en el presente dossier-, así como en los conocidos aportes de David Harvey, para plantear las claves de la discusión actual.

1.1 La llamada acumulación originaria en Marx: separación y violencia en la transición del feudalismo al capitalismo

En el célebre capítulo XXIV del Tomo I de *El Capital*, Marx define a la acumulación originaria como el *proceso histórico de escisión entre productores y medios de producción*, que convierte a los primeros en proletarios doblemente “libres” –emancipados de los lazos de servidumbre feudal, pero también desposeídos de las condiciones de reproducción de la vida–; y a los segundos, en activos privados de una clase poseedora –capitalista– encargada de valorizarlos mediante la apropiación de fuerza de trabajo ajena. Marx sostiene que esta primera –o primigenia– acumulación se denomina “originaria”, justamente porque configura “la prehistoria del capital”, esto es, su punto de partida y presupuesto necesario.

Concretamente, Marx describirá las características específicas que adquiere esta *escisión* en Inglaterra, entre los siglos XV y XVIII, donde la expropiación que despoja de la tierra al campesino –por medio de la violencia extraeconómica– constituirá su mecanismo fundamental⁶. No obstante, contra todo intento de interpretación que asuma su análisis

⁶ La separación forzosa de los campesinos respecto de su tierra se implementará mediante diversas oleadas de expropiación y bajo diversos ropajes ideológicos: la transformación de tierras de cultivo en tierras de pastoreo por los terratenientes que veían afectado su antiguo poder y buscaban reconfigurarse como clase (siglo XV), la expropiación de los bienes de la Iglesia en el marco de la Reforma (siglo XVI), la expropiación de las tierras fiscales en el contexto de la Revolución Gloriosa (siglo XVII) y, la más importante, el robo masivo de la propiedad comunal (1.421.097 hectáreas, entre 1801 y 1831) y el despejamiento de las fincas –que consistió en barrer de ellas a los hombres y sus aldeas– a partir de la sanción de un conjunto de leyes y el uso de la fuerza pública del Estado como principal método para lograrlo (siglo XVIII). En palabras del autor, el progreso alcanzado en esta última avanzada, “se revela en que la *ley misma* se convierte ahora en *vehículo del robo perpetrado contra las tierras del pueblo* [...]. La forma parlamentaria que asume la depredación es la de los ‘Bills for Inclosure of Commons’ (leyes para el cercamiento de la tierra comunal), en otras palabras [...]; decretos expropiadores del pueblo” [destacados del autor] (Marx, 2004: 906). Sin embargo, este no será el único mecanismo de la acumulación originaria mencionado

histórico como un modelo general y abstracto, Marx aclarará que “la historia de esa expropiación adopta diversas tonalidades en distintos países y recorre en una sucesión diferente las distintas fases. Sólo en Inglaterra, y es por eso que tomamos de ejemplo a ese país, dicha expropiación reviste su forma clásica” (Marx, 2004: 895).

En efecto, el propio Marx se encargará de enumerar toda una serie de diversos mecanismos propios de la acumulación originaria, que si bien dan cuenta del carácter globalmente interconectado de dicho proceso, también denotan su particularidad geográfica y temporal: la conquista de América, con el exterminio y esclavización de su población indígena *vis á vis* la depredación de los yacimientos metalíferos; la trata de esclavos provenientes de África; el saqueo de materias primas de las Indias Orientales. En pocas palabras, el sistema colonial en su conjunto y la guerra comercial entre potencias, extienden la *escisión* y el *despojo* de la acumulación originaria a todo el mundo, pero no de forma mecánica, sincrónica o –incluso– necesaria⁷.

Otros tantos mecanismos *indirectos* –pero no por ello menos violentos– de la acumulación originaria que menciona Marx, son el sistema internacional de crédito, el proteccionismo y la deuda pública, en tanto facilitan, intensifican y reproducen en escala ampliada aquella primera separación directa entre los productores y sus condiciones de existencia, a la vez que enriquecen a una pujante clase capitalista poseedora de dinero y medios de producción. Tras todos estos procesos, se erigirá el naciente Estado moderno como promotor privilegiado de esta transformación, a la cual garantizará mediante la sanción de leyes y el uso del monopolio *legítimo* de la fuerza.

Por lo tanto, la *escisión mediante el despojo violento* –que convierte al productor directo en proletario desposeído y a la tierra, junto a sus riquezas naturales, en mercancías susceptibles de ser valorizadas– constituye el procedimiento básico mediante el cual la relación de capital hace su aparición en la historia. En palabras del propio Marx, el capital viene al mundo “chorreando sangre y lodo, por todos los poros, desde la cabeza hasta los pies” (Marx, 2004: 950).

Como contrapartida, Marx afirmará que, tras su consolidación,

por Marx, quien también incluye la legislación “sanguinaria” contra el vagabundeo y sobre el trabajo –normativas vigentes entre el siglo XVI y principios del siglo XIX en Inglaterra– sancionada para disciplinar a la nueva fuerza laboral y encadenarla –objetiva y subjetivamente– a la producción manufacturera, a partir de todo tipo de castigos y trabajos forzados para aquellos dedicados a la vagancia, la indigencia y el hurto; y con salarios de miseria, extensas jornadas laborales mediante el sistema de “cama caliente”, y la prohibición de coaligarse para aquellos que ya habían ingresado a la esfera de la producción y el mercado. Asimismo, el trabajo infantil será un componente clave para acelerar el pasaje de la manufactura a la gran industria y acrecentar a ritmos vertiginosos la rentabilidad de los capitalistas, retroalimentando –dirá Marx– “su hambre rabiosa, propia de ogros” (Marx, 2004, 948).

⁷ En este sentido, Marx escribía en 1877 una carta al director del periódico ruso “El memorial de la patria” y, respecto de un artículo crítico sobre su obra allí publicado, objetaba contra ciertas ideas que el autor le adjudicaba, a saber: “A todo trance quiere convertir mi esbozo histórico sobre los orígenes del capitalismo en la Europa occidental en una teoría filosófico-histórica sobre la trayectoria general a que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurren [...] Esto es hacerme demasiado honor y, al mismo tiempo, demasiado escarnio” (Marx y Engels, 1980: 64-65). En la misma línea, Marx respondía en 1881 a Vera Zasúlich –integrante del movimiento populista ruso–, respecto de la (no) necesidad histórica de la acumulación originaria y del desarrollo capitalista en ese país –donde primaba la propiedad colectiva de la comuna rural–, como etapa obligada en el camino al socialismo: “En el fondo del sistema capitalista está, pues, la separación radical entre productor y medios de producción [...] la base de toda esta evolución es la *expropiación de los campesinos*. Todavía no se ha realizado de una manera radical más que en Inglaterra [...] Pero todos los demás países de Europa Occidental van por el mismo camino. La ‘fatalidad histórica’ de este movimiento está, pues, *expresamente* restringida a los países de Europa Occidental” [destacados del autor] (Marx y Engels, 1980: 60).

[...] el proceso capitalista de producción desarrollado quebranta toda resistencia; la generación constante de una sobrepoblación relativa mantiene la ley de la oferta y la demanda de trabajo, y por tanto el salario, dentro de carriles que convienen a las necesidades de valorización del capital; la coerción sorda de las relaciones económicas pone su sello a la dominación del capitalista sobre el obrero. Sigue usándose, siempre, la violencia directa, extraeconómica, pero sólo excepcionalmente. Para el curso usual de las cosas es posible confiar el obrero a las “*leyes naturales de la producción*” [destacado del autor] (Marx, 2004: 922).

De modo que, según este pasaje, una vez consumada la escisión entre productores y medios de producción⁸, el capitalismo maduro no necesitará de la violencia sistemática para reproducirse, considerando que en circunstancias “normales” alcanzará con la alienación del trabajo, el fetichismo de la mercancía y la naturalización de las leyes económicas para contener la posible insumisión y rebeldía de las clases subalternas. No obstante, el legado de Marx no está exento de contradicciones y puntos de fuga con respecto a esta última conclusión.

En efecto, el capítulo XXV de *El Capital*, titulado *La teoría moderna de la colonización*, habilita nuevas lecturas e interpretaciones. Aquí Marx analiza las contradicciones en las que incurre la economía política burguesa del siglo XIX cuando, para el caso de las colonias, reconoce abiertamente la necesidad de que se lleve a cabo un proceso de acumulación originaria –esto es, de despojo de la propiedad fundada en el trabajo personal– para erigir la propiedad privada capitalista; mientras que para el caso de las metrópolis europeas – particularmente Inglaterra– se continuaba remitiendo a una mitología idílica para explicar el emergencia del capitalismo. En ese sentido, subrayará Marx que, a partir del análisis que realizan los economistas sobre la realidad de las colonias, “*su coraza apologetica se desmigaja aquí como yesca echada a perder*” [destacados nuestros] (Marx, 2004: 955).

Durante los tiempos de Marx, en Europa occidental ya se había ejecutado, en mayor o menor medida, el proceso de acumulación originaria. De esta manera, el modo capitalista de producción había sometido directamente la totalidad de la producción nacional o, al menos, controlaba indirectamente a aquellas capas sociales que correspondían al modo de producción previo. En las colonias, por otro lado, el modo de producción capitalista todavía tropezaba

[...] con el obstáculo que representa la propiedad obtenida a fuerza de trabajo por su propio dueño, con el obstáculo del productor que, en cuanto poseedor de sus propias condiciones de trabajo, se enriquece a sí mismo en vez de enriquecer al capitalista. *La contradicción entre estos dos sistemas económicos, diametralmente contrapuestos, se efectiviza aquí, de manera práctica, en la lucha entablada entre los mismos.* Allí donde el capitalista tiene guardadas sus espaldas por el poder de la metrópoli, procura quitar de en medio, por la violencia, el *modo de producción y apropiación fundado en el trabajo personal*” [destacados del autor] (Marx, 2004: 956).

Pero al no haberse producido aún, de manera definitiva, la escisión masiva entre productores y condiciones de existencia –fundamentalmente la tierra–, el capital que el viejo mundo introducía constantemente en las colonias en busca de inversiones rentables, era incapaz de encontrar la suficiente fuerza de trabajo *explotable* para iniciar un proceso de reproducción ampliada. La imposibilidad de contar con una clase obrera en tanto “accesorio

⁸ Según Marx, para 1750 ya no existían pequeños campesinos libres y propietarios de su tierra (*yeomen*), ni tierras comunales en Inglaterra; para el siglo XIX, se había perdido “hasta el recuerdo de la conexión que existía entre el campesino y la propiedad comunal” (Marx, 2004: 911).

vivo" siempre disponible, sumado a la dispersión de los medios de producción entre innumerables pequeños propietarios/productores directos, volvían problemático cualquier proyecto capitalista de envergadura que requiriera grandes inversiones y fuerza de trabajo en el largo plazo. El gobierno inglés aplicó en sus colonias diversos métodos de "acumulación originaria", aunque sin demasiado éxito, ya que como resultado se produjo un desvío de las corrientes emigratorias de trabajadores hacia Estados Unidos.

Frente a este panorama adverso al desarrollo capitalista en las colonias, la economía política burguesa no hacía más que sincerar, en sus análisis teóricos y recomendaciones políticas, aquello que negaba respecto de la metrópolis: *la necesidad de la violencia expropiatoria sobre los productores directos como presupuesto ineludible del desarrollo capitalista*. Así, este secreto de la economía política del Viejo Mundo, tan bien disimulado por sus intelectuales durante décadas, se revelaba finalmente en el Nuevo Mundo y se proclamaba explícitamente:

El mismo interés que en la metrópoli empuja al sicofante del capital, al economista, a explicar teóricamente el modo de producción capitalista por su contrario, ese mismo interés lo impulsa aquí a sincerarse, a proclamar sin tapujos la antítesis entre ambos modos de producción [propiedad privada basada en el trabajo personal o en el trabajo ajeno]. A tal efecto, pasa a demostrar cómo el desarrollo de la fuerza productiva social del trabajo, la cooperación, la división del trabajo, la aplicación de la maquinaria en gran escala, etcétera, son imposibles sin la expropiación de los *trabajadores* y la consiguiente transformación de sus medios de producción en capital. *En interés de la llamada riqueza nacional, se lanza a la búsqueda de medios artificiales que establezcan la pobreza popular* [destacados nuestros] (Marx, 2004: 955).

A través de esta crítica radical a la economía política burguesa, Marx nos permite comprender el funcionamiento del capitalismo como un sistema tendencialmente mundial, que tiene sus orígenes en Europa occidental, pero que a los fines de lograr su expansión planetaria, recurre sistemáticamente a los mismos mecanismos utilizados durante el período transicional de la acumulación originaria, para ser implementados sobre nuevos territorios y coyunturas históricas.

Por otro lado, una vía de problematización alternativa en torno de la acumulación originaria, tiene que ver con la propia construcción teórica de Marx. En los *Grundrisse*, el autor determina la existencia de dicho proceso como *supuesto histórico*, como condiciones antediluvianas del capital, "que precisamente en cuanto tales [...] pertenecen al pasado y por tanto a la *historia de su formación*, pero de ningún modo a su *historia contemporánea*, es decir, no pertenecen al sistema real del modo de producción dominado por el capital" (Marx, 2009: 420). Estas condiciones y supuestos –basados en la escisión violenta entre productores y medios de producción– se encuentran en la génesis del capital, y evidencian que éste aún *no es*, sino que tan sólo *llega a ser*. Pero cuando el capital es capaz, partiendo de su propia *realidad ya constituida*, de *poner* las condiciones de su realización, estos supuestos desaparecen como tales. En este sentido, sostiene Marx,

esos supuestos que originariamente aparecían como condiciones de su devenir –y que por tanto aún no podían surgir de su acción *como capital*–, se presentan ahora como resultados de su propia realización, como realidad *puesta* por él: *no como condiciones de su génesis, sino como resultados de su existencia*. Ya no parte de presupuestos para llegar a ser, sino que él mismo está presupuesto, y, partiendo de sí mismo, produce los supuestos de su conservación y crecimiento mismos" [destacados del autor] (Marx, 2009: 421).

Este último razonamiento, a diferencia del trazado en *El Capital*, no parte de una reconstrucción histórica de la acumulación originaria, sino de una deducción lógica de su funcionamiento a partir del análisis teórico del devenir del capital. Desde esta perspectiva, la violencia y la rapiña propias de la génesis del sistema no son confinadas por Marx a un pasado distante e irreplicable, sino simplemente distinguidas *lógicamente* de los mecanismos y métodos, en esencia *idénticos*, que, ahora sí, son resultado de la propia acción del capital⁹. La acumulación originaria impone, en esencia, una separación primigenia entre el trabajo vivo y sus condiciones objetivas, haciendo que estas últimas aparezcan ante el primero como valores *disociados* o *autónomos*. Una vez presupuesta esta disociación, sostiene Marx, “el proceso de producción sólo puede producirla de manera nueva, reproducirla y volverla producir en una escala mayor” [destacados nuestros] (2009: 423).

Es lógico que las ambigüedades del legado teórico de Marx en este terreno, hayan dado lugar –como en otros tópicos– a diversas tradiciones interpretativas. Como señalará Massimo De Angelis en su artículo, una de ellas puede asociarse a uno de los primeros estudios sistemáticos de Lenin, *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (1899), donde concibe a la acumulación primitiva

como la premisa histórica del modo de producción capitalista y, por lo tanto, hace hincapié en el proceso de separación entre las personas y los medios de producción durante el período de transición entre modos de producción [...] Lenin concebía este proceso como inevitable y, en última instancia, positivo –aunque, en general, se encargó de subrayar las contradicciones implicadas” (De Angelis, 2012: 18)¹⁰.

Una interpretación que habilita corolarios diferentes puede vincularse al posterior trabajo de Rosa Luxemburgo, *La acumulación del capital* (1913). Como veremos a continuación, aquí el énfasis está puesto en el carácter inherente y continuo de los mecanismos de violencia y despojo como componentes esenciales de la acumulación capitalista, particularmente en lo que respecta a la política imperial en las colonias. Casi un siglo después, puede afirmarse que este estudio ha recuperado una proyección seminal, que puede verificarse en los múltiples trabajos que, actualmente, se proponen rediscutir y reelaborar la tesis marxiana de la acumulación originaria.

1.2 La política colonial como continuidad de la acumulación originaria en el capitalismo: Rosa Luxemburgo y su análisis del imperialismo

En una crítica al esquema teórico de la reproducción ampliada planteado por Marx – que no viene al caso evaluar aquí–, Rosa Luxemburgo afirma que para que dicha reproducción siempre expandida tenga lugar, es necesaria la existencia y disponibilidad de terceros sectores sociales (campesinos, clases medias), más allá del capital y el trabajo como clases antagónicas, así como de espacios geográficos no capitalistas proveedores de materias primas y fuerza de trabajo barata, nuevos mercados y renovados espacios de inversión –rol

⁹ A propósito, Rhina Roux comenta: “La diferencia entre unos y otros no radicaba en su ubicación en el tiempo, sino en determinaciones formales: era la diferencia entre la transformación del dinero en capital y movimiento del capital como dinero, entre el despojo como presupuesto del capital y el despojo como resultado de su existencia, entre la acumulación dineraria y la acumulación capitalista, entre el punto de arranque del capital y el capital como punto de arranque” [destacados nuestros] (2008: s/n).

¹⁰ Esta lectura de la acumulación originaria, en tanto etapa histórica cerrada, también puede rastrearse en otros trabajos posteriores, como los que dieron lugar al clásico debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo, en el que participaron Maurice Dobb, Paul Sweezy y Robert Brenner, entre otros.

que, históricamente, han cumplido las colonias-. En este sentido, a principios del siglo XX, esta autora afirmaba que

[...] La producción capitalista, como tal, al cabo de varios siglos de desarrollo, sólo abarca una parte de la producción total de la Tierra; su asiento es, hasta ahora, preferentemente, la pequeña Europa, en la que no ha podido dominar aún esferas completas, como la agricultura campesina, el artesanado independiente. Grandes regiones de Norteamérica y del resto del mundo están también todavía intocadas. [...] Si [el capital] hubiera tenido que atenerse, exclusivamente, a los elementos de producción suministrados dentro de estos estrechos límites, le hubiera sido imposible llegar a su nivel actual, e incluso no hubiera sido factible su desarrollo (Luxemburgo, 1968: 322-323).

Por lo tanto, “para utilizar productivamente la plusvalía realizada, es menester que el capital progresivo disponga cada vez en mayor grado de la Tierra entera para poder hacer una selección cuantitativa y cualitativamente ilimitada de sus medios de producción” (Luxemburgo, 1968: 323).

En definitiva, Luxemburgo está insistiendo en que la reproducción ampliada bajo el dominio de las leyes de la oferta y la demanda en los países del capitalismo central, sólo es posible mediante la *continuidad* de la escisión y el despojo violento y *sistemático* de los productores respecto de medios de producción en la periferia no capitalista. De este modo, describe el avance del imperialismo y el consiguiente reparto del mundo –principalmente Asia y África– entre las potencias europeas, durante fines del siglo XIX y principios del siglo XX. En este proceso mantienen absoluta vigencia los mismos métodos analizados por Marx para la Inglaterra en transición de los siglos XV-XVIII, y se intensifican aquellos descritos en relación a las primeras colonias del sistema capitalista en América: *violencia extraeconómica en la forma de militarización de los territorios periféricos y destrucción de las economías naturales allí existentes* para la introducción de la economía de mercado.

El capital no puede desarrollarse sin los medios de producción y fuerza de trabajo de todo el planeta pero, dado que éstas aún se encuentran ligadas a formas sociales pre-capitalistas, surge el impulso para someterlas y expropiarlas en forma virulenta, mediante su socavamiento y posterior mercantilización. De acuerdo a Rosa Luxemburgo, al igual que para Marx, el Estado cumple un rol fundamental en este cruento y renovado proceso de despojo, sea a través del ejercicio del monopolio de la fuerza sobre los territorios en disputa, la presión tributaria y crediticia sobre las tierras, o bien el abaratamiento forzado de los productos que la economía natural y campesina produce. En definitiva,

De aquí que el capitalismo considere, como una cuestión vital, la apropiación violenta de los medios de producción más importantes de los países coloniales. Pero como las organizaciones sociales primitivas de los indígenas son el muro más fuerte de la sociedad y la base de su existencia material, el método inicial del capital es la destrucción y aniquilamiento sistemáticos de las organizaciones sociales no capitalistas con que tropieza en su expansión. *Aquí no se trata ya de la acumulación primitiva, sino de una continuación del proceso hasta hoy.* Toda nueva expansión colonial va acompañada, naturalmente, de esta guerra tenaz del capital contra las formas sociales y económicas de los naturales, así como de la apropiación violenta de sus medios de producción y de sus trabajadores. [...] *El capital no tiene, para la cuestión, más solución que la violencia, que constituye un método constante de acumulación de capital en el proceso histórico, no sólo en su génesis, sino en todo tiempo, hasta el día de hoy.* [...] Este método es, desde el punto de vista del capital, el más adecuado, por ser, al mismo tiempo, el más rápido y provechoso. Su otro aspecto es el militarismo creciente [destacados nuestros] (1968: 336-337).

En consecuencia, el capitalismo se topará con un límite infranqueable una vez que haya subsumido al mundo entero, dado que no tendrá forma de continuar su expansión y, por lo tanto, sucumbirá por el propio peso de sus contradicciones internas. Pero su lectura de esta política de despojo dista de ser apocalíptica. Evocando a Shakespeare, afirmará que “como en todos los casos se trata de ser o no ser, para la sociedades primitivas no hay otra actitud que las de la resistencia y la lucha a sangre y fuego” (1968: 337), en contra del intento voraz del capitalismo de destruir y aniquilar las organizaciones sociales y las formas de economía natural ajenas -o bien no totalmente integradas- a la dinámica de la sociedad burguesa. Por lo tanto, la clase proletaria organizada debe acelerar y adelantar la caída del sistema mediante la lucha por el socialismo, porque el despliegue de la acumulación capitalista a través de la violencia creciente, sólo conduce a la humanidad hacia la barbarie.

Si bien los límites objetivos y subjetivos del capitalismo no se presentaron con la inminencia que pronosticaba Luxemburgo -antes bien, el sistema se ha ido reconfigurando para sortear reiteradas crisis y desactivar radicales insurrecciones sociales-, debemos reconocer que cobra cada vez mayor vigencia su advertencia acerca de la propagación de la barbarie *vis á vis* la expansión de capital, y su llamado urgente a la revolución socialista en tanto ruptura y discontinuidad radical frente la violencia y el despojo como mecanismos inherentes a la acumulación capitalista, y *contracara necesaria* de la explotación en el marco de la reproducción ampliada:

La acumulación capitalista tiene, como todo proceso histórico concreto, *dos aspectos distintos*. De un lado, tiene lugar en los sitios de *producción de la plusvalía* -en la fábrica, en la mina, en el fundo agrícola y en el mercado de mercancías-. Considerada así, la acumulación es un proceso puramente económico, cuya fase más importante se realiza entre los capitalistas y los trabajadores asalariados, pero que en ambas partes, en la fábrica como en el mercado, *se mueve exclusivamente dentro de los límites del cambio de mercancías, del cambio de equivalencias. Paz, propiedad e igualdad reinan aquí como formas, y era menester la dialéctica afilada de un análisis científico para descubrir, cómo en la acumulación, el derecho de propiedad se convierte en apropiación de propiedad ajena, el cambio de mercancías en explotación, la igualdad en dominio de clases. El otro aspecto de la acumulación del capital se realiza entre el capital y las formas de producción no capitalistas. Este proceso se desarrolla en la escena mundial. Aquí reinan como métodos, la política colonial, el sistema de empréstitos internacionales, la política de intereses privados, la guerra. Aparecen aquí, sin disimulo, la violencia, el engaño, la opresión, la rapiña [destacados nuestros]* (Luxemburgo, 1968: 420-421).

En las últimas cuatro décadas, ambas dimensiones del sistema se han profundizado en todo el mundo. No obstante, las dinámicas expropiatorias basadas en la violencia extraeconómica han adquirido características particularmente brutales e inusitadas. Por lo tanto, merecen un análisis teórico-político concreto y exhaustivo que nos permita comprender la relevancia de su función en la dinámica de la acumulación, así como el rol específico que asumen las resistencias sociales frente a su acelerado avance, en el marco de la lucha de clases.

1.3 El debate actual sobre la persistencia de la acumulación originaria y los “nuevos cercamientos” en el capitalismo maduro

A decir verdad, la formulación de David Harvey, presente en *El nuevo imperialismo*, tiene poco de novedosa. Como señalará Massimo De Angelis, pueden reconocerse puntos de contacto entre la tradición interpretativa que identificamos con Rosa Luxemburgo y los trabajos de la década del '70 de Samir Amin e Immanuel Wallerstein inscriptos en la escuela

del sistema-mundo. Más acá en el tiempo, nos encontramos con el artículo de Werner Bonefeld, “*Lucha de clases y la permanencia de la acumulación primitiva*” (1988), y el número 10 de la revista *Midnight Notes*, dedicado al análisis de los “Nuevos Cercamientos” (1990). En septiembre de 2001, el número 2 de la revista inglesa *The Commoner* relanzaría el debate¹¹ con mayor fuerza, a partir de la publicación de cinco artículos en un dossier titulado “*Cercamientos, la imagen invertida de las alternativas*”¹², de los que hemos seleccionado y traducido cuatro para la presente edición de *Theomai*.

En el artículo titulado “*La permanencia de la acumulación primitiva: el fetichismo de la mercancía y la constitución de la sociedad*”, Werner Bonefeld sostiene que la acumulación originaria no constituye un acontecimiento cerrado que puede confinarse a un pasado distante, sino que es consustancial a la reproducción capitalista en todas las épocas. De modo que, el proceso de separación entre los productores y sus condiciones de existencia persiste en la actualidad mediante dos mecanismos paralelos: por un lado, como *fundamento lógico y presupuesto constitutivo* de las relaciones de explotación, que debe ser constantemente reproducido y reafirmado a fin de mantener a los trabajadores ligados al ámbito de la producción de plusvalía y, así garantizar el correcto funcionamiento de la reproducción ampliada; por otro lado, la acumulación originaria constituye un *proceso abierto*, que se expresa en la renovación y ampliación constante de dicha separación, de manera que nuevos trabajadores sean situados bajo la égida del capital. No obstante, para los dos casos, Bonefeld –y también John Holloway, en la entrevista que se incluye en el presente dossier– llama la atención sobre la fragilidad e inestabilidad que caracteriza dicha escisión, en tanto se encuentra atravesada por un antagonismo social irreductible. De ahí que, más que referirnos a la separación como un proceso que se constituye plenamente, debemos hablar de un *proceso constantemente disputado* –entre mercantilización y desmercantilización, alienación y desalienación–, cuya persistencia o retroceso se baraja de forma permanente y nunca definitiva, en el devenir incierto de la lucha de clases.

Por su parte, en el trabajo titulado “*Marx y la acumulación primitiva: el carácter continuo de los ‘cercamientos’ capitalistas*”, Massimo De Angelis retoma las hipótesis de Bonefeld, a la vez que plantea algunos matices y énfasis diferenciados que abren nuevas líneas de reflexión y debate. En efecto, la acumulación originaria se encuentra necesariamente presente en las sociedades capitalistas “maduras” como proceso inherente y, dada la naturaleza conflictiva de las relaciones capitalistas, asume un carácter permanente. Según este autor, una vez consumada la escisión originaria –por medio de la expropiación forzosa– entre productores directos y medios de producción, aquella se perpetúa y reproduce a escala ampliada mediante la silenciosa compulsión de las leyes económicas. Mientras esta regulación reificada funciona eficazmente, la reproducción ampliada no necesita de la acumulación originaria, y este mecanismo permanece latente. No obstante, las luchas históricas de la clase trabajadora representan una ruptura en la aceptación de las leyes de la oferta y la demanda

¹¹ Los principales referentes intelectuales de esta propuesta teórico-política de resignificación de la “acumulación originaria” como un proceso continuo, a la luz de la reconfiguración del capitalismo mundial en las últimas cuatro décadas, y a partir de una relectura de los propios textos de Marx, son Massimo De Angelis, Silvia Federici, Mariarosa Dalla Costa, Michael Perelman, George Caffentzis y Werner Bonefeld. En términos generales, todos ellos provienen de la heterodoxia marxista ligada, por un lado, al Obrerismo –“operaismo”– italiano y, por otro, al Marxismo Abierto surgido en Inglaterra; ambos enfoques se desarrollaron durante los años ‘60 y ‘70, en respuesta tanto a la cerrazón ortodoxa y desmovilizadora del economicismo marxista, al autoritarismo estalinista, y al carácter reformista de la socialdemocracia.

¹² El dossier N°2 de la revista *The Commoner*, completo y en el idioma original, se encuentra disponible en: http://www.commoner.org.uk/?page_id=31

y, por lo tanto, una potencial reducción de la distancia entre productores y condiciones de existencia. En estas circunstancias, la acumulación originaria se reactualiza como estrategia reactiva del capital para restablecer el “curso ordinario de las cosas”, preservando y expandiendo dicha separación primigenia.

Así, el capital se vale de la acumulación originaria para profundizar la mercantilización de lo común, toda vez que la lucha de clases se agudiza y el polo del trabajo se erige como una traba para la reproducción ampliada, generando “rigideces” en la dinámica de la acumulación mediante la conquista de espacios que se extraen de la lógica mercantil y se restituyen al ámbito colectivo, acortando la brecha abierta por la separación necesaria entre productores y condiciones materiales de existencia que presupone la acumulación capitalista. Cuando esto ocurre, se generan “cuellos de botella” en la reproducción ampliada que pueden culminar en profundas crisis de sobreacumulación. Especialmente en dichas coyunturas, el capital apela a los mecanismos de la acumulación originaria *ex novo* para desactivar las resistencias sociales, restituir la naturalización –vía disciplinamiento– de la separación potencialmente cuestionada por la movilización y la organización social, y recuperar las esferas de inversión perdidas –expandiendo su alcance– frente al avance de las luchas del trabajo, a fin de restablecer una correlación de fuerzas favorable al capital y relanzar el proceso de reproducción ampliada sobre nuevas y mejoradas bases. Así, esta *relación indisoluble entre lucha de clases y acumulación originaria*, muchas veces ignorada por referentes clásicos del marxismo, constituirá el eje central del aporte teórico-político de este autor.

Ejemplo paradigmático de esta dinámica del sistema, es la emergencia del neoliberalismo a partir de los años '70, frente a la descomposición del pacto interclasista fordista/keynesiano de la segunda posguerra *vis á vis* la irrupción de una oleada de movilizaciones e insurrecciones sociales en todo el mundo, que se presentaban como una amenaza para la acumulación del capital, en tanto aceleraron una crisis de sobreacumulación en el marco de la reproducción ampliada. En este sentido, el artículo sobre “*Los nuevos cercamientos*”, de Midnight Notes Collective, aporta una detallada descripción histórica del funcionamiento del capitalismo analizado teóricamente por De Angelis, al reconstruir el masivo proceso de cercamiento de los bienes comunes que tuvo lugar en la década del '80, el cual ya preanunciaba una escalada expropiatoria que se extendería a todo el planeta en las dos décadas siguientes.

En efecto, el neoliberalismo económico y el neoconservadurismo político como su principal correlato, asumieron la tarea de someter el antagonismo (mediante la criminalización, la represión y el terrorismo de Estado) y reconfigurar el proceso de acumulación sobre la base de una nueva correlación de fuerzas sociales, que restaurara el poder del capital frente al poder del trabajo (mediante la monumental transferencia de riqueza e ingresos desde las masas de población hacia las clases propietarias, y de los países periféricos hacia los centrales). Esta radical transformación regresiva fue posible por el despliegue de una estrategia sistemática de acumulación originaria *ex novo*, sostenida sobre la base de la violencia extraeconómica, y dirigida a la privatización de activos y servicios públicos, la mercantilización de relaciones sociales, y el despojo de bienes comunes que la clase trabajadora había conquistado tras una serie de luchas históricas. Sin embargo, esta ola de “nuevos cercamientos” no sólo apuntará a recuperar aquellos ámbitos donde el capital había tenido que ceder terreno como producto de la lucha de clases, sino a lograr su extensión hacia esferas de la vida antes impensadas –como, por ejemplo, el plasma de semillas y la biodiversidad en general–, a través de novedosos dispositivos de dominación y tecnologías de producción.

Por otro lado, “*La historia secreta de la acumulación primitiva y la economía política clásica*”, de Michael Perelman, analiza el velado involucramiento político de los economistas clásicos, como Adam Smith y David Ricardo, en el violento proceso de desmembramiento y reconstrucción de la sociedad –de acuerdo a las normas de funcionamiento del mercado–, que caracterizó a la acumulación originaria de capital. Este análisis histórico reviste una asombrosa actualidad, si tenemos en cuenta que más de dos siglos más tarde, diversas instituciones financieras internacionales –como el FMI, el BID y el Banco Mundial– promueven, tras una fachada aséptica, medidas de similar brutalidad.

Para finalizar este recorrido, debemos mencionar el artículo de Paul Zarembka, titulado “*La acumulación primitiva en el marxismo ¿Separación histórica o transhistórica de los medios de producción?*”, publicado por la revista *The Commoner* en marzo de 2002 –y ahora traducido al español para el presente dossier–, en pos de enriquecer el debate con otras posturas, considerando que este autor plantea un contrapunto significativo respecto de los artículos analizados más arriba. En efecto, Zarembka analiza críticamente las reflexiones de Michael Perelman, Massimo De Angelis y Werner Bonefeld en torno a la continuidad de la acumulación originaria en las sociedades del capitalismo maduro, y concluye que no se corresponden con los propios enunciados de Marx, ni con las necesidades de la teoría marxista. Para Zarembka, la acumulación primitiva constituye un concepto muy preciso, que remite a los procesos de separación propios de la transición del feudalismo al capitalismo y, por tanto, responde a una especificidad histórica que no debe diluirse si se quieren comprender acabadamente las implicancias de dicho período.

Por otro lado, sostiene que la acumulación de capital propiamente dicha *ya incluye en sí misma* la continuidad de la separación entre trabajadores y medios de producción en el marco de sistema capitalista consolidado, razón por la cual no habría necesidad de retomar el concepto de acumulación originaria para explicar la continuidad del despojo en la actualidad. En este sentido, Zarembka valora y suscribe la preocupación de los autores en cuestión, dado que también considera de fundamental importancia reconocer la continuidad y permanencia del proceso de separación entre los trabajadores y sus medios de producción hasta la actualidad. No obstante, argumenta que la deriva teórica seguida por aquellos intelectuales, aunque bien intencionada, es incorrecta. Transformar a la acumulación originaria en un concepto transhistórico constituye un error conceptual que produce confusión y resulta redundante. Por el contrario, comprender la acumulación de capital propiamente dicha como un concepto que, además de la explotación, también incluye los cercamientos y la separación de las condiciones de existencia, es la clave adecuada para una comprensión verdaderamente marxista del problema.

La polémica permanece abierta y encendida, lo cual demuestra que el problema mantiene absoluta vigencia y relevancia. Por ello, la presente redición del debate en castellano, como señalaran en su momento los editores de *The Commoner*,

[...] tiene una importancia teórica y política fundamental, ya que [...] ayuda a revelar el secreto de las alternativas al capitalismo [...] las luchas emergentes en defensa de las formas existentes de bienes comunes en contra de las políticas neoliberales nunca son simplemente luchas defensivas, ellas abren un espacio para el debate público y la reformulación mutua del significado que queremos darle a los bienes comunes. Porque los cercamientos siempre son cercamientos de bienes comunes, el creciente movimiento global anti-capitalista, que en gran parte es un movimiento contra los cercamientos y sus efectos, nos da la oportunidad de contratar y plantear la pregunta esencial de las alternativas: el tema del acceso directo a los medios de existencia, producción y comunicación, el tema de qué bienes comunes queremos, y

cómo queremos organizar la sociedad en torno a los mismos. De esto se deduce que las reflexiones acerca de las formas y el significado de los bienes comunes siempre suponen una reflexión correspondiente acerca de la forma y el significado de la comunidad.

En este sentido, la reflexión teórica de todos estos autores –más allá de los matices y diferencias- es, asimismo, un provocativo manifiesto político de crítica al progreso entendido como desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas que, en su necesidad histórica, arrastra de manera irreversible –y a cualquier costo- todas aquellas formas sociales no capitalistas, que son ofrecidas en sacrificio en pos de alcanzar el ideal socialista, en tanto punto de llegada de la filosofía de la historia. Este paradigma ha sido caro a cierto marxismo, y en algunas de sus vertientes más influyentes –de corte evolucionista y productivista-, todavía subsiste como un principio rector profundamente arraigado. Por lo tanto, en palabras del propio De Angelis, se trata de “rescatar” a la teoría marxista:

[...] de la irrelevancia política en el mejor de los casos, y de la instrumentalidad funcional a la opresión capitalista en el peor de los escenarios. En efecto, considerar a la “acumulación primitiva” [o a los procesos de despojo] como una fase histórica antes que una estrategia recurrente del capital *vis-á-vis* el carácter continuo de las luchas, abrió el camino para que incluso los “revolucionarios” le den la bienvenida y la promuevan como una etapa necesaria hacia el “socialismo” (2012: 32-33).

1.4 La acumulación por despojo como contracara necesaria de la reproducción ampliada

Ahora que conocemos la compleja y fructífera genealogía histórica del debate, podemos regresar a las reflexiones de David Harvey, con más elementos para evaluar los aportes específicos de su trabajo. La propuesta teórica de dicho autor también parte de una crítica a las interpretaciones que reducen la acumulación originaria a un acontecimiento de carácter pretérito, que habría tenido por toda función generar las bases iniciales para que la reproducción ampliada se desarrollara, a partir de entonces, en condiciones de aparente paz, propiedad e igualdad. El inconveniente de estas hipótesis es que relegan la acumulación basada en la depredación, el fraude y la violencia a una etapa original ya superada del sistema. En este sentido, Harvey recupera las reflexiones de Rosa Luxemburgo respecto del *carácter dual* de la acumulación de capital, y coincide en que el despojo y la violencia extraeconómica, por un lado; y la explotación en el marco de la legalidad burguesa, por el otro, “se hallan *ligados orgánicamente* por las condiciones de reproducción del capital mismo, y sólo de ambos reunidos sale el curso histórico del capital” [destacados nuestros] (Luxemburgo, 1968: 421).

No obstante, a diferencia de Luxemburgo, y en sintonía con Midnight Notes Collective, De Angelis, Perelman y Bonefeld, Harvey sostiene que no se trata de un proceso que se despliega en el exterior geográfico del sistema capitalista, sino que también lo hace al interior de las propias economías de mercado maduras. En este desarrollo, Harvey reconoce como antecedente de sus propias reflexiones, los significativos aportes realizados por los autores de *The Commoner*, pero plantea la necesidad de construir un concepto específico para analizar los procesos actuales de separación, dejando la noción de “acumulación originaria” para describir el período acotado de la transición al capitalismo:

Una reevaluación general del papel continuo y persistente de las prácticas depredadoras de la acumulación “primitiva” u “originaria” en la amplia geografía histórica de la acumulación de

Theomai 26

Segundo semestre de 2012

capital es, por lo tanto, muy necesaria, como han observado recientemente varios autores. Dado que no parece muy adecuado llamar “primitivo” u “originario” a un proceso que se haya vigente y se está desarrollando en la actualidad, en lo que sigue sustituiré estos términos por el concepto de “acumulación por desposesión” (Harvey, 2004: 116).

Según Harvey, “la acumulación primitiva que abre una vía a la reproducción ampliada es una cosa y la acumulación por desposesión que interrumpe y destruye una vía ya abierta es otra muy diferente” (Harvey, 2004: 129). Ciertamente, existe una necesidad teórica de diferenciar conceptualmente a los mecanismos extra-económicos *transicionales* entre modos de producción –la “acumulación originaria” propia del clásico ejemplo inglés, o la que se produjo en los países latinoamericanos al momento de su plena integración al mercado mundial en el siglo XIX–, de aquellos que operan al interior de relaciones capitalistas plenamente constituidas –productores directos ya separados de los medios de producción, Estado-nación consolidado y mercado interno establecido–, o en sus márgenes –afectando formas de relacionamiento social no-capitalistas, pero sometidas por aquellas.

Así, la asimilación de prácticas caníbales, depredadoras y fraudulentas propias de la acumulación originaria, ha contribuido a la parcial resolución del crónico problema de sobreacumulación que aqueja al capitalismo desde mediados de los '70. La liberación y apropiación de activos –que van desde recursos naturales y saberes ancestrales, hasta empresas públicas y derechos sociales– a un precio muy bajo (o nulo), permite que los excedentes ociosos de capital se canalicen de forma rentable a través de la privatización, la mercantilización y la especulación financiera. En efecto, la prolongada crisis en el ámbito de la reproducción ampliada llevó a una profundización y extensión inusitada de la acumulación por desposesión en los últimos cuarenta años, que convirtieron a esta dinámica predatoria en el núcleo central de las prácticas imperialistas y, por lo tanto, en una contradicción antagónica fundamental del sistema, provocando el auge –sobre todo en la periferia– de movimientos sociales contra el despojo que se insertan en la larga tradición de lucha de poblaciones indígenas y campesinas en defensa del territorio y la autonomía.

Para Harvey, este desplazamiento del capital desde la reproducción ampliada hacia la acumulación por desposesión, tiene implicancias medulares a nivel de la praxis política. Históricamente, las fuerzas clásicas de la izquierda marxista y los movimientos insurgentes contra la acumulación por desposesión tendieron a distanciarse a partir de vías políticas enfrentadas y, en algunos casos, directamente hostiles. Mientras estos últimos conformaron un complejo y contradictorio mosaico de comunidades en resistencia, basado en un fuerte arraigo local alejado de las organizaciones políticas tradicionales (partidos y sindicatos); la izquierda marxista priorizó las luchas contra la explotación de los trabajadores asalariados, ya desprovistos de sus medios de producción, en el marco de la reproducción ampliada. Todas las demás formas de lucha se consideraban subsidiarias, secundarias o incluso irrelevantes, prevaleciendo la opinión de que el proletariado era el único sujeto de la transformación histórica y la contradicción capital-trabajo la única importante:

Esa concentración tan firme de gran parte de la izquierda marxista o comunista en las luchas proletarias excluyendo todo lo demás fue un error fatal, ya que si ambas formas de lucha están orgánicamente vinculadas dentro de la geografía histórica del capitalismo, la izquierda no sólo estaba perdiendo poder, sino que también estaba paralizando su capacidad analítica y programática al ignorar totalmente una de las dos caras de esta dualidad (2004: 133).

No obstante, según Harvey, hoy más que nunca, toda transformación radical de carácter anticapitalista que no quiera terminar en el fracaso, necesita promover la conexión entre las luchas en torno de la reproducción ampliada y contra la acumulación por desposesión, en tanto partes indisociables de una unidad objetiva. Para ello, resulta imprescindible reconocer el papel político fundamental que ha adquirido el despojo como eje de la lucha de clases.

2. Fractura metabólica global, contradicción capital-naturaleza e imperialismo ecológico

La separación violenta entre los productores y sus condiciones de existencia desplegada por el capitalismo desde su génesis, tiene dos corolarios esenciales: la transformación de los primeros en trabajadores asalariados y de las segundas en potenciales mercancías susceptibles de ser valorizadas. Para la reproducción de la vida y la satisfacción de necesidades sociales, el trabajo y la naturaleza han constituido históricamente una condición necesaria y primordial. También para la reproducción del capital. Y si esta debe desarrollarse en escala siempre ampliada, el sistema necesita disponer de forma permanente -siempre en más cantidad y a mayor velocidad-, de todos los recursos -humanos y no humanos- del planeta. No es otro, sino el proceso constante de la acumulación originaria -o acumulación por desposesión-, como contracara necesaria de la reproducción ampliada, aquel que se encarga de subsumir al mundo entero, mediante la opresión y el pillaje, a las necesidades del capital. No obstante, mientras el mundo biológico es finito, los requerimientos del sistema son ilimitados. Es así que, luego de 500 años de depredación incesante, el capitalismo ha empezado a encontrarse con límites naturales que dificultan su reproducción pero, aún más importante, arrastran a la humanidad hacia una crisis ecológica sin precedentes. En este punto, la relación tripartita -intrínseca y necesaria- entre reproducción ampliada, acumulación originaria o por desposesión y destrucción de la vida en todos sus formas, resulta irrefutable.

En este sentido, el artículo de Damiano Tagliavini e Ignacio Sabbatella, titulado "*La expansión capitalista sobre la Tierra en todas las direcciones. Aportes del Marxismo Ecológico*", introduce el problema de la "segunda contradicción del capital", materializada entre el capital y la naturaleza, que fuera acuñada como tal por James O'Connor, para dar cuenta de las consecuencias ambientales de la acumulación capitalista. Sin embargo, lo que resulta aún más interesante, es el esfuerzo de los autores por rastrear en los escritos del propio Marx las huellas de dicha preocupación tan actual. Si bien existe una innegable ambigüedad en sus planteos, que se expresa en la explícita fascinación por el desarrollo de las fuerzas productivas, propia de cualquier hombre de su época; no pueden soslayarse las fructíferas reflexiones que, en paralelo, Marx hacía sobre la *fractura metabólica* que el capitalismo había provocado entre los seres humanos y la naturaleza, cuya expresión más tangible se constataba en la pérdida de nutrientes de la tierra debido al avance de la agricultura industrial, así como en la concomitante separación entre el campo y la ciudad, que rompía el círculo biológico de recuperación del suelo, anteriormente propiciado por el retorno de los desechos en la forma de abono natural, que ahora se amontonaban pestilentes y contaminantes en las pujantes urbes de Inglaterra.

Por su parte, Brett Clark y John Bellamy Foster, en su trabajo titulado "*Imperialismo ecológico y fractura metabólica global. Intercambio desigual y el comercio de guano/nitratos*", recuperan las comentadas hipótesis de Marx, para sostener que la expansión imperialista del capital produjo, en el largo plazo, una *fractura metabólica global*, que se expresa en el

intercambio desigual de riquezas naturales y destrucción ambiental entre naciones del centro y la periferia. Si las riquezas naturales han fluido sistemáticamente hacia las metrópolis; los costos producidos por las naciones económicamente avanzadas, en términos de huella ecológica, han tendido a acumularse particularmente en la periferia, incrementando la degradación ambiental en esta última, para el beneficio de las primeras. A fin de dar cuenta de este problema, los autores reconstruyen lo que se conoce como el “ciclo del guano y los nitratos”, que tuvo lugar el siglo XIX, constituyendo un ejemplo descarnado de *imperialismo ecológico*. Este brutal episodio de la historia mundial, implicó la expropiación de las reservas de guano y nitratos propias de ciertas regiones del actual Perú, para ser utilizadas como fertilizante natural en los países industriales, y compensar la pérdida de nutrientes que estaba sufriendo la tierra debido al avance de la agricultura capitalista. Las consecuencias de este prolongado proceso de despojo no se limitaron a la destrucción de millones de años de equilibrio ecológico en apenas unas cuantas décadas, sino que se extendieron a la explotación inhumana de los trabajadores involucrados en el proceso extractivo, quienes murieron por cientos como resultado de las terribles condiciones laborales impuestas; y las guerras entre naciones latinoamericanas, auspiciadas por las burguesías de Inglaterra y EEUU, con el objeto de aumentar sus respectivos beneficios sobre la riqueza más codiciada de la época.

La escalofriante semejanza con los procesos de despojo y depredación de la naturaleza que, actualmente, tienen lugar en América Latina *no* es pura coincidencia. Los artículos de José Soane, Guido Galafassi, Rhina Roux y Renán Vega Cantor incluidos en este dossier, retoman los desarrollos teóricos presentados a lo largo de esta introducción, a fin de realizar un diagnóstico crítico y exhaustivo de la renovada “ofensiva extractivista” (Soane, 2012) que asola al subcontinente, y echar luz sobre sus principales consecuencias: reprimarización de la estructura económica, creciente subsunción de la naturaleza al circuito de valorización del capital, destrucción de las economías indígenas y campesinas, desplazamiento masivo de las poblaciones desposeídas hacia las ciudades, superexplotación de la fuerza de trabajo, aumento de la descomposición social y la violencia estructural.

En esta suerte de relanzamiento ampliado del rol geopolítico clásico asignado a la región dentro de la división internacional del trabajo, los territorios y bienes naturales de América Latina adquieren renovado protagonismo como uno de los núcleos centrales del desarrollo capitalista. Por su parte, las empresas transnacionales se convierten en los principales agentes y beneficiarios de este reeditado orden global, explotando en condiciones monopólicas la biodiversidad, agua, tierra, minerales e hidrocarburos que abundan en los países de la región, y asegurando la producción a bajo costo y el consumo sostenido de las economías centrales.

En este marco, se viene consolidando un redivivo modelo extractivo que presenta continuidades estructurales con el proyecto de colonialidad, despojo y dependencia histórica vigente en la región desde la conquista de América, pero también novedades e innovaciones recientes que le imprimen una especificidad propia. Tradicionalmente, el extractivismo ha remitido a las actividades económicas cuyo núcleo dinámico reside en la remoción de grandes volúmenes de bienes naturales no renovables (básicamente hidrocarburos y minerales) para ser exportados al mercado internacional sin procesamientos previos significativos. Otras características típicas de este modelo han sido la sobre-explotación de los bienes naturales, la tendencia a la monoproducción asociada a su carácter extensivo, el funcionamiento mediante la lógica de enclave y la permanente expansión de las fronteras extractivas hacia nuevos territorios.

Sin embargo, la renovación actual de este perfil productivo radica en la confluencia de cuatro características novedosas que han cobrado clara relevancia en las últimas décadas

y que nos aproximan a complejos y desalentadores escenarios: 1) la vertiginosa aproximación hacia el umbral de agotamiento planetario de bienes naturales no renovables fundamentales para la acumulación de capital y la reproducción de las sociedades modernas -tales como el petróleo, el gas, y los minerales tradicionales-; 2) el salto cualitativo en el desarrollo de las técnicas de exploración y explotación -más agresivas y peligrosas para el medio ambiente-, que está permitiendo el descubrimiento y extracción de hidrocarburos no convencionales (*shale oil* y *shale gas*) y minerales raros (niobio, molibdeno, coltan, litio, etc.), disputados mundialmente por su formidable valor estratégico en los planos económico y geopolítico de largo plazo; 3) la progresiva transformación de los bienes naturales renovables básicos para la reproducción de la vida -tales como el agua dulce, la fertilidad del suelo, los bosques y selvas, etc.- en bienes naturales potencialmente no renovables y cada vez más escasos, dado que se han constituido en los nuevos objetos privilegiados del (neo)extractivismo -o en sus insumos fundamentales, como en el caso del agua-, quedando la tasa ecológica de recuperación muy por debajo de la tasa de explotación alcanzada, por ejemplo, a través del desarrollo de la industria forestal y los agronegocios -que requiere de masivos desmontes y de la utilización de fumigaciones químicas para la producción de transgénicos y biocombustibles-; y, por último, 4) la conversión de los bienes naturales -tanto renovables como no renovables- en *commodities*, esto es, un tipo de activos financieros que conforman una esfera de inversión y especulación extraordinaria por el elevado y rápido nivel de lucro que movilizan en tanto “mercados futuros”, responsables directos del aumento ficticio de los precios de los alimentos y de las materias primas registrado en el mercado internacional durante el último lustro (Composto y Navarro, 2012: 62-63).

En suma, consideramos que el extractivismo histórico, al igual que su actual versión remozada, en América Latina:

[...] tienen sus matices en diferentes países, pero en el fondo comparten (el intento de lograr) la instalación de un modelo económico que se basa en el uso de formas intensivas de capital para lograr la extracción de recursos [...] Pero quizás más que esto, lo que se instala es una lógica cultural y una forma de ocupación y control del espacio que refleja el poder del centro frente a las regiones, el poder no-indígena y ciudadano frente a las poblaciones indígenas-campesinas, y el poder de la inversión privada frente a las instituciones colectivas. De nuevo, es un proyecto económico, político e ideológico a la vez (Bebbington, 2011: 30-31).

No obstante, este intento de “alienación territorial” (Santos, 1996) enfrenta radicales y masivas resistencias locales que, mediante la conformación de extensas redes de solidaridad, se han propagado a nivel nacional y continental en la última década. Así, estos nuevos movimientos sociales contra el despojo y en defensa de la vida ponen en entredicho la legitimidad del modelo extractivo que se presenta como adalid del desarrollo y la modernización para los países de Latinoamérica, pero exigiendo en forma implícita el sacrificio de territorios, comunidades y poblados enteros como moneda de cambio.

A modo de conclusión

Como ya señalara Marx en el capítulo XXIV de *El Capital*, la “acumulación originaria” se valió de métodos predatorios tales como la conquista de América, los masivos cercamientos de tierras comunales, el colonialismo y el tráfico de esclavos, para la creación de una nueva legalidad fundada en la propiedad privada, el mercado y la producción de plusvalía. De modo que, violencia y despojo son los pilares fundacionales del andamiaje

capitalista pero, de ninguna manera, pueden reducirse a un conjunto de acontecimientos explicativos del pasado, ya que han mantenido un rol continuo y persistente en la amplia geografía histórica de la acumulación de capital hasta nuestros días. Es en este mismo sentido que el imperialismo de fines del siglo XIX y principios del XX, y su avance destructivo sobre las economías naturales, fue descrito por Rosa Luxemburgo como la continuidad de la violencia y el despojo en tanto métodos constantes y aspectos esenciales del proceso de acumulación de capital. Hacia finales del siglo XX, la expresión más acabada de estos procesos radicará en las masivas privatizaciones de bienes y servicios públicos realizadas por gobiernos neoliberales en todo el mundo. Y, particularmente, desde los inicios del nuevo siglo XXI, se agudizará la ya histórica depredación de los bienes comunes naturales *vis á vis* la expropiación de los saberes ancestrales de pueblos originarios y comunidades campesinas en toda América Latina.

La continuidad y permanencia de la separación entre productores y condiciones de existencia, mediante la violencia extraeconómica, a lo largo de toda la geografía histórica del capitalismo hasta nuestros días, es una dinámica constitutiva e inherente a la lógica de la acumulación capitalista que, por lo tanto, no puede reducirse a un acontecimiento histórico superado, a un mecanismo externo, o a un comportamiento excepcional y anómalo respecto de la primacía de las leyes económicas como rectoras del desarrollo capitalista maduro.

Si bien esta definición plantea un contrapunto respecto de la nominación del proceso, dado que mientras Bonefeld, De Angelis y Perelman deciden continuar identificándolo como “acumulación originaria” y Midnight Notes como “nuevos cercamientos”, Harvey prefiere hablar de “acumulación por desposesión”, y Zarembka –simplemente– de “acumulación de capital propiamente dicha”; consideramos que existe una coincidencia sustancial en el análisis de todos los autores estudiados. Si bien algunos ponen el énfasis en la lucha de clases, y otros en las crisis de sobreacumulación como claves para comprender la persistencia inherente de la violencia y el despojo en el seno de la acumulación capitalista, en realidad no se trata de planteos excluyentes, sino absolutamente complementarios. En ese sentido, consideramos que el antagonismo de clase –latente o manifiesto– representa un factor decisivo para la emergencia de las crisis capitalistas. Y, en cualquier caso, todos los autores sostienen que el despojo mediante la violencia extraeconómica constituye una respuesta del capital frente a la irrupción periódica de este fenómeno bifacético, en el que la lucha de clases y los procesos de sobreacumulación de capital se condicionan y retroalimentan recíprocamente.

Por lo tanto, debemos entender el despojo violento como una estrategia reactiva del capital que apunta hacia un doble objetivo central: restablecer las bases de la dominación y la acumulación, a partir de una recomposición y extensión de la separación primigenia entre productores y condiciones de existencia. En otras palabras, se trata de: 1) desactivar las resistencias sociales y restaurar el imperio de las leyes económicas como forma de regulación social fetichizada, 2) relanzar la acumulación de capital propiamente dicha –reproducción ampliada– sobre nuevas bases que multipliquen sus posibilidades de expansión ilimitada.

Es que, en definitiva, los procesos de desposesión son constitutivos e intrínsecos a la lógica de la acumulación del capital o, en otras palabras, representan la contracara necesaria de la reproducción ampliada. Si ésta última se presenta como un proceso eminentemente económico, que cobra preeminencia durante los períodos de estabilidad y crecimiento sostenido, el despojo se expresa generalmente en procesos extraeconómicos de tipo predatorio y toma las riendas en momentos de crisis y recrudescimiento de la lucha de clases. En este sentido, ambas lógicas se encuentran orgánicamente entrelazadas, esto es, se

retroalimentan mutuamente, como parte de un proceso dual y cíclico que es indisoluble (Harvey, 2004).

Al mismo tiempo, se sobreimprime a dicha trama una lógica polarizante del sistema, que tiende a la generación de una dialéctica centro-periferia, regida por la configuración de relaciones asimétricas e intercambios desiguales entre las distintas áreas. Mientras que las zonas nucleares constituyen los polos más dinámicos de la acumulación y absorben un mayor porcentaje de los beneficios generados a nivel mundial, las zonas periféricas permanecen estructuralmente subordinadas a los requerimientos de los centros dominantes (Wallerstein, 2007). De hecho, es en los espacios periféricos donde el despojo adquiere históricamente su perfil más descarnado. Incluso, tendencialmente, el avance de la acumulación por desposesión en dichos territorios ha sido condición de posibilidad para garantizar la continuidad de la reproducción ampliada en los territorios del centro (Amin, 1975).

De modo que, además de exacerbarse progresivamente la contradicción capital-trabajo, se intensifica la contradicción capital-naturaleza, en la medida en que el primero tiende a autodestruir sus condiciones de producción, principalmente, el entorno natural. Dado que los ciclos de reproducción de la naturaleza no son tan rápidos como el ciclo de rotación del capital, se suscita necesariamente una contradicción entre el dominio de aquel y los ciclos biológicos del planeta. Expresión de ello es el aumento de los costos de producción y la huída constante del capital hacia nuevos territorios donde profundizar el despojo de los bienes naturales. Esta segunda contradicción da cuenta de la estrecha relación que existe entre los procesos de acumulación de capital y el deterioro ambiental, poniendo en evidencia los límites del desarrollo capitalista.

En tiempos donde la violencia extraeconómica cobra renovado protagonismo en la forma de expropiación de la capacidad de *hacer*¹³, el cercamiento de las condiciones materiales de existencia, el despojo de lo común y la destrucción de la vida, como una de las expresiones más tangibles de la acumulación capitalista, resulta fundamental resaltar la persistencia de dichos procesos desde el surgimiento del capitalismo y a lo largo de toda su historia, evidenciar su carácter intrínseco a la reproducción del sistema, denunciar sus ruinosas consecuencias sobre la humanidad, y proclamar la necesidad de una resistencia social radical frente a su recrudescimiento. En este sentido, es importante no perder de vista las últimas observaciones de Harvey con respecto a la necesidad de articular la multiplicidad de luchas que se oponen a la relación social del capital, tanto bajo su forma de "reproducción ampliada" como de "acumulación por desposesión". Porque si el capital sobrevive, se rearticula y cobra nuevos bríos mediante el despliegue de estas estrategias/procesos/mecanismos expropiatorios, la lucha de clases también se asienta necesariamente en la recuperación de las capacidades colectivas y los lazos sociales de solidaridad para la defensa y reconstrucción de lo público y comunitario como respuesta antagonista y emancipatoria. De modo que el sujeto de la transformación sale de la fábrica para reencontrarse con todos aquellos sectores sociales que aún resisten su transformación en fuerza de trabajo desposeída y conservan algún tipo de vínculo con la (re)producción directa de sus condiciones de existencia, generalmente arraigadas a una matriz comunitaria; o bien se oponen a las diferentes formas que asume la mercantilización de lo común (naturaleza,

¹³ El *hacer* o "poder-hacer" es la capacidad inherentemente colectiva de proyección y creación del mundo social. Cuando este flujo común del hacer se fractura por la intervención/expropiación del capital, el poder-hacer se transforma en su opuesto, en "poder-sobre". Tal como explica Holloway, "la existencia del poder-hacer como poder-sobre significa que la inmensa mayoría de los hacedores son convertidos en objetos del hacer, su actividad se transforma en pasividad, su subjetividad en objetividad" (2002:54)

cultura, relaciones sociales, derechos, etc.). Sólo mediante esta necesaria resignificación de la lucha de clases, será posible que los sectores subalternos logren transformar sus prácticas antagonistas contra el capital en verdaderos procesos de emancipación social.

Referencias bibliográficas

- AMIN, Samir: **La acumulación en escala mundial**. Buenos Aires. Siglo XXI, 1975.
- BEBBINGTON, Anthony: **Minería, movimientos sociales y respuestas campesinas. Una ecología política de transformaciones territoriales**. Lima, IEP-CEPES, 2011.
- BONEFELD, Werner: *“La permanencia de la acumulación primitiva: fetichismo de la mercancía y constitución social”*, en **Theomai**, Buenos Aires, [2001] 2012, N°26.
- CLARK, Brett y FOSTER, John Bellamy: *“Imperialismo ecológico y la fractura metabólica global”*, en **Theomai**, Buenos Aires, [2008] 2012, N°26.
- COMPOSTO Claudia y NAVARRO Mina Lorena: *“Estados, transnacionales extractivas y comunidades movilizadas: dominación y resistencias en torno de la minería a gran escala en América Latina”*, en **Theomai**, Buenos Aires, 2012, N°25.
- DE ANGELIS, Massimo: *“Marx y la acumulación primitiva: el carácter continuo de los ‘cercamientos’ capitalistas”*, en **Theomai**, Buenos Aires, [2001] 2012, N°26.
- GALAFASSI, Guido: *“Modos de acumulación, recursos naturales y dominio colonial en América Latina. Un intento de mirada crítica sobre la ‘reinención’ del modelo extractivo”*, en **Theomai**, Buenos Aires, 2012, N°25.
- GALAFASSI, Guido: *“Entre viejos y nuevos cercamientos. La acumulación originaria y las políticas de extracción de recursos y ocupación del territorio”*, en **Theomai**, Buenos Aires, 2012, N°26.
- HARVEY, David: **El nuevo imperialismo**. Madrid. Akal, 2004.
- HOLLOWAY, John: **Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy**. Buenos Aires. Herramienta-BUAP, 2002.
- HOLLOWAY, John: *“El despojo es una estrategia del capital para superar la crisis de la explotación”*. Entrevista, en **Theomai**, Buenos Aires, 2012, N°26.
- LUXEMBURGO, Rosa: **La acumulación del capital**. Buenos Aires. S/N, [1913] 1968.
- MARX, Karl: **El Capital**, Tomo I. México D.F. Siglo XXI, [1867] 2004.
- MARX, Karl: **Grundrisse**. México D.F. Siglo XXI, [1858] 2009.
- MARX, Karl y ENGELS, Friedrich: *“Escritos sobre Rusia II. El porvenir de la comuna rusa”*, en **Cuadernos de Pasado y Presente**, México D.F. Ediciones Pasado y Presente, 1980, N°90.
- MIDNIGHT NOTES COLLECTIVE: *“Los nuevos cercamientos”*, en **Theomai**, Buenos Aires, [2001] 2012, N°26.
- PERELMAN, Michael: *“La historia secreta de la acumulación primitiva y la economía política clásica”*, en **Theomai**, Buenos Aires, [2001] 2012, N°26.
- ROUX, Rhina: *“Marx y la cuestión del despojo. Claves teóricas para iluminar un cambio de época”*, en **Herramienta**, Buenos Aires, 2008, N°38.
- ROUX, Rhina: *“México: despojo universal, desintegración de la república y nuevas rebeldías”*, en **Theomai**, Buenos Aires, 2012, N°26.

***Theomai* 26**

Segundo semestre de 2012

- SANTOS, Milton: **Metamorfosis del espacio habitado**. Barcelona, Oikos-Tau, 1996.
- TAGLIAVINI, Damiano y SABATELLA, Ignacio: "La expansión capitalista sobre la Tierra en todas las direcciones. Aportes del Marxismo Ecológico", en **Theomai**, Buenos Aires, 2012, N°26.
- SEOANE, José: "Neoliberalismo y ofensiva extractivista: actualidad de la acumulación por despojo, desafíos de Nuestra América", en **Theomai**, Buenos Aires, 2012, N°26.
- VEGA CANTOR, Renán: "Colombia, un ejemplo contemporáneo de acumulación por desposesión", en **Theomai**, Buenos Aires, 2012, N°26.
- WALLERSTEIN, Immanuel: **El moderno sistema mundial**. México D.F. Siglo XXI, 2007.
- ZAREMBKA, Paul: "La acumulación primitiva en el Marxismo ¿Separación histórica o transhistórica de los medios de producción?", en **Theomai**, Buenos Aires, 2012, N°26.